

CRUMB

Vida de historietista

DAN NADEL

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Crumb: A Cartoonist's Life
Scribner
Nueva York, 2025

ES POP ENSAYO N.º 35
1ª EDICIÓN: NOVIEMBRE 2025

Published by arrangement with Scribner,
an imprint of Simon & Schuster LLC

© 2025 by Dan Nadel
© 2025 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2025 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Salvo indicación contraria, todas las imágenes
son copyright y cortesía de Robert Crumb.

Ilustración de portadilla: autorretrato en cuaderno de bocetos, febrero de 1986. Ilustración en Agradecimientos: homenaje de 2012 a la portada de *Mr. Natural* n.º 1, cortesía de Heritage Auctions. Ilustraciones en pp. 489 y 491: viñetas de «R. Crumb presents R. Crumb»; *Zap* n.º 7 (1974). Colofón: diseño para una serigrafía editada en 1998 por Cornélius (París).

REVISIÓN DE FERROS:
Manuela Carmona y David Muñoz

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

IMPRESIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-27-4
Depósito legal: M-7834-2025

Índice

Prólogo	11
--------------------------	----

PRIMERA PARTE 1914-1962

1. Americanos de pura cepa	19
2. Humor a la yugular	44
3. Una nueva familia	61

SEGUNDA PARTE 1962-1966

4. Voy a trabajar	83
5. Vida en la cumbre	104
6. Chicago	120

TERCERA PARTE 1966-1972

7. La llamada del <i>underground</i>	135
8. <i>Zap</i>	159
9. El hada madrina	180
10. Llor y prez	192
11. A la carrera	204
12. El <i>blues</i> del currante	223
13. El gran negocio	235
14. Goldie	258

CUARTA PARTE 1972-1992

15. Campo y ciudad	273
16. Otra vez en movimiento	283
17. Renovación	298
18. <i>Weirdo</i>	324
19. Dualidad en los suburbios	342
20. Todo lo viejo vuelve a ser nuevo	358
21. Llegó la hora de volver a marcharse	375

QUINTA PARTE 1992-2004

22. <i>Bonjour, Crumbs</i>	389
23. Afrontar las consecuencias	402
24. Génesis	419
25. El viejo mago	431

<i>Una nota sobre las fuentes</i>	445
---	-----

<i>Agradecimientos</i>	449
----------------------------------	-----

<i>Notas</i>	451
------------------------	-----

<i>Índice onomástico</i>	473
------------------------------------	-----

Prólogo

A finales de febrero de 1968, un cenceño Robert Crumb de veinticuatro años de edad y mirada ligeramente emporrada tras sus gafas de cristales gruesos, vestido con una gastada americana de pana y pantalones bombachos, pudo ser entrevistado mientras vendía el n.º 1 de su recién impreso *Zap Comix* entre los juerguistas que bailoteaban con sus estampados de cachemira al son de los últimos lanzamientos de los Doors y los Rolling Stones en una fiesta al aire libre en la calle Haight de San Francisco. A cambio de tan sólo 25 centavos, cualquiera podía llevarse a casa un tebeo compuesto por nueve historietas que abarcaban desde la crítica social a la peripecia surrealista, pasando por las discusiones filosóficas y la poesía visual, dibujadas todas ellas en un estilo que resultaba al mismo tiempo reminiscente de la infancia de toda su generación y, no obstante, inconfundiblemente nuevo. Nadie había producido jamás algo parecido a *Zap*, cuyos efectos continúan resonando todavía hoy.

Las historias de Robert se grabaron en el cerebro de un público internacional justo en el momento en que el maremoto cultural que supuso la década de los sesenta alcanzaba la cresta de la ola. En ellas, plasmó a la perfección los matices visuales y sensoriales de los eufóricos viajes de LSD y de las lánguidas tardes de los fumetas con el mismo entusiasmo con el que retrató salvajemente la violencia racista y sexual que su generación pretendía derribar; a continuación, sin dejar títere con cabeza, pasó a satirizar a los jipis, a los progres bienintencionados y, por encima de todos, a sí mismo.

Si su apremiante mensaje no hubiera arraigado en su momento, resultaría imposible concebir un boyante mercado de novelas gráficas como el contemporáneo; sin su obra empeñada en derribar tabúes, bellamente dibujada e inventiva en lo

formal, no tendríamos un *Maus*, un *Persépolis*, un *Fun Home*. Su visión integral de Estados Unidos cuajó porque transformó la lengua vernácula de la Norteamérica del siglo XX en un estilo popular e instantáneamente reconocible que luego esgrimió como un arma contra la propia cultura. Hace tiempo que ese gañido gutural tan específico suyo convirtió a Robert en uno de los artistas más profundos e influyentes del siglo XX, y sólo podría haber surgido de alguien nacido, por emplear sus propias palabras, en «América, la cruel abusona; América, la glotona; América, la avariciosa; América, la desagradable».

Cuando Robert Crumb era niño, su familia era el vivo retrato del mitológico Sueño Americano de mediados del siglo XX: un padre héroe de guerra, una madre ama de casa; cinco hermanos (tres chicos y dos chicas); un linaje cristiano rastreable hasta el nacimiento de la nación. De no ser así, Robert nunca habría acabado mutando en «R. Crumb». Aunque creció para ser un marginado y aprendió a cultivar la incredulidad inspirado por el ejemplo de los parias étnicos y raciales a los que idolatraba, había nacido en el mismo seno de la bestia, fue nutrido por su tierra ensangrentada y adoctrinado con sus pecados fundacionales.

En cualquier caso, comerciar con revelaciones sobre la existencia humana en pos de ideales casi platónicos de honradez, iluminación e investigación moral pasa factura. En el transcurso de su vida y de su obra, Robert se ha pintado repetidas veces una diana en la espalda para demostrar una idea sobre la naturaleza humana. No le duelen prendas en desvelar sus impulsos más turbios para ejemplificar el inconsciente masculino; corre el riesgo de verse repudiado con objeto de demostrar la malevolencia del racismo. Nos exige que prestemos atención al margen del coste para él. Tampoco se trata de una postura del todo desinteresada.

Cuando Robert tenía doce años, los Crumb vivían en Oceanside, un pueblo de California del Sur cercano a la base militar de Camp Pendleton. A Robert y a sus hermanos les gustaba jugar en un depósito de chatarra cercano, repleto de coches abandonados, camionetas y autobuses. En «No tientes al destino», una densa historieta de seis páginas publicada en 2002, Robert recuerda «destrozar los cristales de todas las ventanas y los contadores de los salpicaderos de bellos turismos de los años treinta, arrancar el tapizado y las viejas capotas de fibra en orgías de destrucción». A medida que la acción se va desplegando en sucesivas viñetas, percibimos el tono de incredulidad que impregna la narración del Robert adulto: además de destruir los vehículos, a los chicos les encantaba arrojar pedazos de bloques rotos contra la pared de hormigón que delimitaba el depósito, regodeándose en el momento en que sus esfuerzos producían cráteres y, por

último, agujeros. Un día, un crío del barrio particularmente entusiasta se unió al juego, y Robert comenzó a preocuparse al ver que sus proyectiles salían volando por encima del muro, poniendo en peligro a los posibles transeúntes: «¿Es que no se da cuenta de que podría herir de gravedad o incluso matar a una persona inocente? ¿Cómo no se ha parado a pensar en ello? ¡Me sentí horrorizado por su absoluta irresponsabilidad!».

Como sumido en un trance, el Robert niño rodea la pared y se planta delante de ella. Naturalmente, no tarda en aparecer un pedazo de hormigón que le golpea de lleno en la boca, saltándole un incisivo y partiéndole varios dientes más. Mediante su predisposición a resultar herido, Robert demostró la inconsciencia y el peligro de una acción despreocupada. Se convierte en víctima para remover la conciencia de otro. También podría ser un mártir cristiano, aceptando el sufrimiento para que el resto del mundo siga a salvo. O, si lo llevamos al terreno de su obra, empleó —de una manera quizás ingenua— la libertad artística total que le brindaban los cómics *underground* para abrir nuevas vías de expresión sobre las que otros podrían seguir construyendo. Él mismo ha declarado que en su interior hay algo que lo impulsa a interpretar al mártir, a cometer una suerte de autoinmolación estética, a mostrarse como un pervertido exhibicionista al tiempo que revela verdades impensables sobre sí mismo. Las compulsiones del masoquismo, el sadismo y el martirio van de la mano.

A Robert le gusta escribir: «Nadie lo entiende... Pero, por supuesto, ¿cómo iban a hacerlo?». Es su ensimismada manera de presentarse como un artista avasallado. A veces lo dice en serio, en cuyo caso resulta tanto un mantra para lustrarse el ego como una barrera para cualquier aspirante a amigo o interlocutor. En otras ocasiones, emplea esta misma frase para menoscabarse, demostrando lo absurdo que es en realidad semejante narcisismo y revelando con mordacidad su discernimiento de sí mismo. Sabe lo normal que es que los humanos nos sintamos incomprendidos y aislados, y desea que hallemos cierto consuelo en la naturaleza comunal de este padecimiento. Y, como en un bucle infinito de ensimismamiento, una vez más encontramos a Robert haciéndose el tonto con objeto de transmitir su mensaje.

Así pues, no me resultó sorprendente que, en noviembre de 2018, durante un relajado desayuno en su cálida y acogedoramente abarrotada cocina a escasos pasos de un porche con vistas al río Vidourle, en el sur de Francia, Robert impusiera una sola condición para este libro: que fuese completamente sincero respecto a sus defectos, que escrutara sus compulsiones y que examinase los aspectos raciales y sexuales más polémicos de su obra. Prefería arriesgarse a presentarse honestamente con la esperanza de que alguien pueda llegar a comprenderle que cooperar

STOOD THERE WATCHING HIM, AND THINKING, "WHAT A DUMB THING TO DO, THROWING THOSE BIG HUNKS OF CEMENT OVER THAT WALL! WHAT IF SOMEBODY HAPPENED TO BE WALKING BY ON THE OTHER SIDE?!"

**PCHKOWW!
KPKHYOW!**



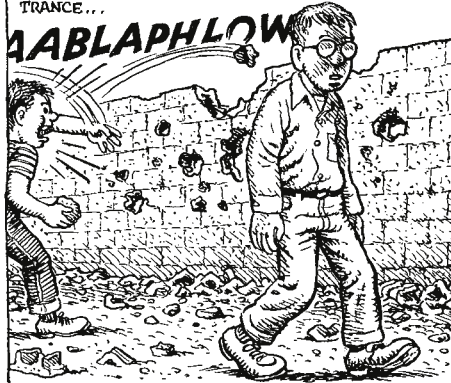
DON'T HE REALIZE THAT HE COULD SERIOUSLY HURT OR EVEN *KILL* AN INNOCENT PERSON, DOING THAT? WHY DOESN'T HE THINK OF THAT??!" I WAS APPALLED AT HIS TOTAL OBLIVIOUSNESS!

**DADADADADOW!
DADADADADOW!**



IT WAS THEN THAT I DID THE CRAZY THING... I TURNED AWAY AND STARTED WALKING DOWN TOWARD THE END OF THE WALL. IT WAS LIKE I WAS IN A TRANCE...

AABLAPHLOW

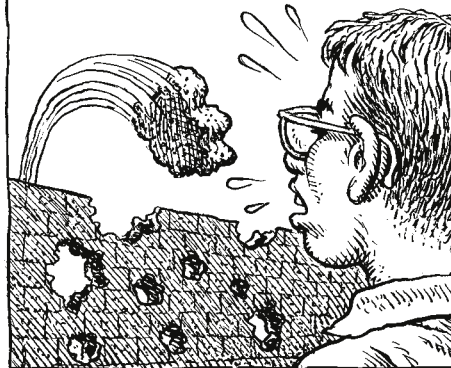


WALKED AROUND TO THE OTHER SIDE, ABOUT TEN FEET BACK FROM THE WALL, TURNED AND STOOD FACING IT.

PCHKADADOW!



IMMEDIATELY I SAW A BIG PIECE OF CINDERBLOCK HURTLING RIGHT AT ME, FAST AND FURIOUS, NO TIME TO DUCK OUT OF THE WAY!



IT HIT ME RIGHT IN THE MOUTH!

BAW!



con una hagiografía. En cuanto le hube prometido que así lo haría, Robert dio luz verde a este proyecto con un encogimiento de hombros: «No me opongo».

Habían sido necesarios cuatro meses, un vuelo a París, un viaje de tres horas en tren hasta Nîmes y un trayecto de una hora en coche desde la estación hasta el hogar de Robert en Sauve para conseguir aquel encogimiento de hombros. Hasta entonces, sólo nos habíamos visto en persona una vez, durante una cena organizada por una galería. Un banquete por obligación en la zona alta de Manhattan no era lugar para Robert Crumb. Se le notó claramente incómodo y directamente irritable. El hombre al que traté en Francia resultó ser, al cabo de un tiempo, muy diferente. Nada más recibirme, con los hombros caídos y un apretón de manos inerte, Robert hizo de «Crumb»: me dijo que las obras de renovación realizadas en la estación del ferrocarril eran un espanto, que no le gusta nada del mundo moderno, que vive en el pasado, que es demasiado disléxico como para conducir y que, de todas maneras, nunca tuvo el menor interés en aprender.

Al cabo de treinta minutos sin obtener demasiada reacción por mi parte, fue cambiando de tono; empezó a preguntarme por mi barrio, mi trabajo, mi esposa y mi hijo; y a continuación se convirtió en el hombre curioso, cálido y parlanchín con el que me encontré hablando a la mañana siguiente y al que he acabado conociendo estos seis últimos años. Pero su numerito inicial se me quedó grabado. Nacido en el seno de una familia altamente disfuncional, plagada por las enfermedades mentales y los malos tratos, Robert es por naturaleza un marginado escéptico volcado en preservar una conciencia independiente e inquisitiva. Se ha esforzado de lo lindo por cultivar y preservar su vida interior: cuadernos de bocetos, diarios, meditación, ejercicio y una dieta sana.

Este propósito se ha visto, en ocasiones, interrumpido por su propio destino. Robert tiende a responder afirmativamente a casi todas las peticiones, como este libro, y permite que las cosas se desarrollen por sí solas, por desastroso que pueda llegar a ser el resultado. Quiere ser apreciado, quiere satisfacer a su público. Por otra parte, desea mantener el control. Esta contradicción entre Don Amable y el obseso del control implica que, cuando las cosas se tuercen, acaba renegando del proyecto. Incluso si se culmina con éxito, puede que cambie de opinión. Recordemos: «Nadie lo entiende... Pero, por supuesto, ¿cómo iban a hacerlo?». Depende de qué extremo del ego de Robert asome la patita. Después de ese «sí» inicial, puede ocurrir cualquier cosa.

Y esto es algo que Robert ha experimentado desde todos los flancos. Deseaba ser un gran historietista de éxito, pero la fama que experimentó cuando tenía veinticinco años, en 1968, supuso una brusca sacudida que volvió del revés su

razón de ser. Comparó la experiencia con pasar a ser repentinamente visible tras haber vivido siempre entre las sombras. El interés repentino en su vida y su obra le brindó extravagantes oportunidades profesionales y sexuales, pero también reforzó su creencia en que las personas eran por naturaleza falsas, aprovechadas e hipócritas. Todos aquellos aduladores resultaron ser unos embusteros, ya fuese de manera probada y documentada o únicamente en su estimación. A mediados de los noventa volvió a ser famoso, debido a la película *Crumb*, pero ahora como pervertido extravagante, el hijo rarito en una familia de dementes. Esta exposición nutrió una vez más su narcisismo artístico, pero también fue motivo de numerosas irritaciones.

En los años transcurridos desde entonces, Robert ha desarrollado unas defensas bien armadas, lo que le ha ayudado a preservar cierta humildad y tranquilidad, así como a continuar trabajando con un nivel constante de excelencia décadas después de que la mayoría de sus coetáneos hubieran caído en declive, publicando en 2009 una adaptación a novela gráfica de uno de los textos fundacionales de la civilización occidental: el *Génesis*.

Este esmero personal tiene un reflejo en su archivo. Desde una temprana autobiografía escrita a los quince años, pasando por su primera oferta de empleo hasta llegar a un documentado calendario mensual de su vida que elaboró a los cincuenta y seis años, su archivo cuidadosamente preservado ha guiado esta historia, pero no la ha inhibido. Ahora tiene ochenta y un años y sigue protegiendo su visión y su legado. Lo que viene a continuación es la historia de Robert Crumb, sólo que no como la contaría él. Si bien no podemos decir que estuviera tentando al destino cuando accedió a participar en este proyecto, ha decidido rodear una vez más el muro para volver a quedar expuesto.

Americanos de pura cepa

Llevarse el golpe siempre fue una sensación familiar para Robert Crumb. Una tarde de primavera de 1962, su madre, Bea, le arrojó un cenicero de cristal a su padre, Chuck. Éste se agachó y fue Robert, que en aquel momento contaba dieciocho años, el que casi acaba descalabrado. Desorientado y con la frente ensangrentada, Robert acababa de ser una vez más testigo mudo y furioso del caos en el que vivía sumida su familia. Poco después de aquello, Bea se llevó el coche y desapareció. Cuando regresó a su hogar en Dover (Delaware) al cabo de tres días, Robert encontró una nota de suicidio escondida en el pliegue del asiento delantero. Sus padres no le ofrecieron ninguna explicación, únicamente un mutismo abatido.

Robert era un bachiller graduado, un prodigio del dibujo y un introvertido completamente alienado. Alto, delgado como un palillo, con sus gafas de culo de vaso, sus pantalones de pana y sus camisas abotonadas, parecía perpetuamente perdido. Supo que tenía que marcharse de casa; a finales de junio, visitó a un amigo en la Universidad de Kent State y descubrió que las facultades vibraban con actividad: música, libros y, lo más importante para él, estudiantes del otro sexo. Le pareció sumamente tentador, pero completamente fuera de su alcance. En casa, se sentía atrapado en su desdicha. En una carta a su amigo, escribió: «Ya he oído esa cantinela del “sé tú mismo”. Cuando soy yo mismo, los demás me toman por un majara. No es que me repela la gente. Sencillamente, cuando intento relacionarme, pierdo la compostura, se me ofusca la mente, me confundo, me pongo nervioso, no sé lo que hago». No por última vez, Robert, que no sabía nadar, se planteó el suicidio: «Mi situación era nefasta y me sentía más desdichado que nunca. “Esto es insoportable”, pensé para mí. “No puedo seguir viviendo con esta sensación tan

terrible en mi interior”. De modo que salí a dar un paseo y encontré una piscina detrás del Treadway Inn. Allí, descubrí, había un lugar ideal para suicidarse. La piscina tenía unos tres metros de hondo y estaba llena de agua. Ahogarse es una manera rápida y relativamente indolora de morir. Me quedé de pie junto al borde durante media hora, intentando reunir el coraje para saltar. Pero, en el fondo, supe que sería incapaz de hacerlo. Descubrí que, incluso con todas sus desdichas y frustraciones, la vida es algo precioso para mí. ¡Sumirse en el más absoluto de los olvidos! Sólo pensarlo hace que todas las cosas de la vida parezcan buenas y estimables, incluso el sufrimiento».

Aun así, aquel verano continuó demorando su marcha, dedicándose a pasear por las calles de Dover con su brillante pero trastornado hermano mayor, Charles, rodeados por la humedad y el canto de los grillos. Hasta que llegó un momento en el que fue incapaz de seguir soportándolo. A primeros de agosto, Bea y Chuck volvieron a emprenderla a gritos. Bea persiguió a su marido con un cuchillo. Las broncas eran interminables. El 8 de octubre, Robert realizó el trayecto de diez horas en un autobús Greyhound hasta Cleveland, documentando sus sensaciones en un diario: «Despedirme de madre en la terminal ha sido muy triste. Casi acabo llorando. Me quiere y parece necesitarme desesperadamente. Según dice, sus hijos somos lo único que tiene en la vida. Nos hemos besado un par de veces y me he despedido de ella con la mano desde la ventanilla en el momento en que el bus partía. Presentaba una figura muy trágica, allí de pie, diciendo adiós con las gafas de sol puestas, el abrigo negro y los cabellos cubiertos con un pañuelo [...]. Papá y ella han tenido una violenta discusión esta mañana [...]. Me da un poco de miedo pensar lo que vaya a ser de mí, marchándome de esta manera. Soy como un crío indefenso, apenas soy capaz de hacer nada solo. Esta misma mañana, madre me ha tenido que enseñar cómo anudarme la corbata. A veces pienso que soy demasiado sensible para esta feroz y competitiva carrera de ratas que es el mercado laboral al que ahora voy a sumarme. Me asusta que acabe aplastándome. Espero ser capaz de conseguir empleo, a ser posible uno que no requiera demasiadas presiones y exigencias sociales. No estoy preparado para algo así».

Tras presentar solicitudes en varios grandes almacenes en busca de un puesto como mozo de almacén, acudió a la Oficina de Empleo del estado de Ohio. Su única habilidad, le contó al funcionario que le atendió, era dibujar. Tras reprender a Robert por no haber llevado consigo ninguna muestra de su trabajo, su interlocutor telefoneó a la sede de American Greetings, toda una institución en Cleveland y la segunda empresa de postales más popular de todo el país. En aquella factoría artística siempre andaban necesitados de nuevos talentos y accedieron a

entrevistar a Robert. El funcionario lo envió de camino, advirtiéndolo: «Esta vez, no te olvides de llevar muestras de tu trabajo. ¡Buena suerte!». Según le escribió Robert a Charles: «Tengo una pista decente para un posible empleo [...] dibujando para una pretenciosa empresa de postales. En cualquier caso, espero que me lo den [...]. Ganaré un montón de dinero, lo cual hará de este viaje un éxito, y quizá pueda conocer allí a otros practicantes del arte. ¿Quién sabe?». Pronto, Robert se encontró montado en el cercano rumbo a un edificio de ladrillo rojo ubicado en la orilla occidental del lago; en otro tiempo había alojado a la White Motor Car Company y a la empresa de ascensores Otis, pero ahora producía recuerdos en cuatricromía como churros. Fue entrevistado de manera somera y empezó como empleado el 22 de octubre, en plena crisis de los misiles de Cuba. Su sueldo inicial como aprendiz en el departamento de instrucción de American Greetings era de 60 \$ semanales. Aquella primera mañana, se presentó a trabajar vestido con el traje y la corbata que había comprado para su graduación en el instituto; el mismo traje que iba a llevar todos los días laborables durante los siguientes dos años.

En 1962, los Crumb vivían ya muy alejados de las raíces de la familia paterna en un terreno de casi cien hectáreas en las llanas praderas al sur de Minnesota, cerca de la ciudad de New Richland. Allí, el bisabuelo de Robert por parte de padre, John Maxon Crumb, fundó en 1878 una granja: manzanos, trigales y maizales, pollos y gallinas, cerdos, vacas y caballos. Los ancestros de John, granjeros todos ellos, habían partido de Westerly (Rhode Island) para irse desplazando lentamente desde el siglo XVII a través de Norteamérica. Era justo lo contrario a la Filadelfia que iba a conocer Robert en su infancia, con sus ruidosos tranvías, hilera tras hilera de casas y múltiples callejones. La imagen de aquella llanura barrida por el viento, cultivada por hombres y mujeres temerosos de Dios, acompañaría a Robert toda su vida como el recordatorio de un camino muy distinto, de la vida alternativa que podría haber llevado de no ser por el espíritu inquieto de su padre.

En New Richland, uno de los hijos de John Crumb, Winifred Maxon Crumb, practicante del Adventismo del Séptimo Día como toda su familia, se convirtió al catolicismo para casarse con Mary Ann Chicos, una polaca devota e inmigrante de primera generación. Winifred y Mary Ann trabajaron en la granja y lo mismo hicieron sus catorce hijos, entre ellos el padre de Robert, Charles Vincent («Chuck») Crumb, nacido en 1914. Chuck y todos sus hermanos tenían en muy alta estima a sus progenitores: «A través de su amor, su autodisciplina y su cariño, aprendimos desde muy pequeños que en este mundo hay que tener los pies en la tierra y que, si queremos algo, tenemos que trabajar para conseguirlo», recordaría. «Y si queremos

que algo perdure, tenemos que cuidarlo. De verdad, nadie te va a poner una vida fácil en bandeja». Chuck recordaba a Mary Crumb en términos generales como una típica madre y esposa de granjero, volcada fundamentalmente en las tareas necesarias para mantener a su familia sana y en condiciones de trabajar: «Supongo que nunca era más feliz que cuando estaba tejiendo o zurciendo algo para que no pasáramos frío y estuviéramos más cómodos».

Winifred Maxon Crumb, un hombre callado y ecuánime, poseía una gran autoridad física y moral. Chuck contaba a menudo un incidente de su adolescencia: a pesar de que su padre les había advertido específicamente a él y a sus hermanos que debían vigilar con particular atención a un par de caballos, estos se escaparon durante el turno de guardia de Chuck. Winifred le preguntó en tono calmado a su hijo si había dejado a los animales solos a pesar de sus instrucciones. Aquella pregunta bastó para que el muchacho se sintiera severamente castigado: su fracaso no había sido únicamente laboral, sino también moral. No había obedecido a su padre y ahora tanto las vidas de los animales como la economía familiar estaban en peligro. El verdadero castigo para Chuck fue tener que afrontar la severa mirada de Winifred. Robert heredó de la familia Crumb tanto la inquebrantable ética laboral como esta moralidad estricta, no sólo ante las consecuencias externas sino también como examen interno. Chuck se preguntó en aquel momento si su fracaso sería consecuencia de alguna tara en su carácter; años más tarde, su hijo Robert dedicaría cientos de páginas a examinar de manera meticulosa su propia moralidad y la de aquellos que lo rodeaban.

En 1931, Chuck se graduó por el instituto de Freeborn y a continuación estudió Magisterio en la Normal School de New Richland y en el Colegio de Profesores de Mankato State. Entre 1934 y 1936, dio clases de Historia, Ciencias y Literatura a bachilleres en el condado de Freeborn. Inspirado por el escritor Jack London, abrigaba el deseo de convertirse en un cronista del Medio Oeste estadounidense. También deseaba ver mundo y, en aquel momento, el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos ofrecía un viaje supuestamente seguro y con todos los gastos pagados alrededor del globo. ¿Qué podía ir mal? Mary sabía que la función de los Marines no era la aventura, sino la violencia. La alegre partida de su hijo la dejó hecha un mar de lágrimas. Chuck Crumb se alistó en 1936 y al año siguiente fue destinado a Shanghái, donde se incorporó como recluta al Primer Batallón, Cuarto Regimiento, responsable de proteger la Concesión Internacional, un vestigio del colonialismo occidental en peligro en aquel momento. Aunque Japón y China llevaban en guerra desde 1931, la Concesión había continuado siendo respetada la mayor parte de las veces.

Mientras Chuck abandonaba el nido familiar en el Medio Oeste, al otro extremo del país, en Filadelfia, su futura esposa y madre de Robert, Beatrice Hall, estaba dando a luz a su primera hija. Si los Crumb eran parangones de la América blanca, los Hall representaban el cliché opuesto: el de los urbanitas degenerados. Los Crumb de Minnesota han sabido preservar su árbol genealógico, nutrido por reuniones familiares y, en tiempos más recientes, Facebook. En contraste, los Hall prácticamente desaparecieron por completo a mediados del siglo XX. Su árbol esta repleto de nudos y ramas rotas.

Beatrice Hall nació en 1920 en Milford (Delaware); sus padres, los abuelos de Robert, eran Joseph Meachum Hall y su esposa Viola, de soltera Jackson. Los antecedentes de los Hall y los Jackson se remontan al siglo XVIII en Chester (Pennsylvania), una ciudad industrial al suroeste de Filadelfia, siguiendo el curso del río Delaware. El principal interés de Joe Hall, nacido en 1880, era tocar el banjo, la guitarra y la mandolina; se pasó toda la vida en la zona oeste de Filadelfia, trabajando, al igual que su padre antes que él, en la próspera industria impresora de la ciudad, primero como cajista y posteriormente como tipógrafo. En 1903, se casó con una mujer llamada Edith, junto a la que tuvo un vástago, Gordon. A finales de la década de 1910, Edith y Joe se separaron y tanto su mujer como Gordon desaparecieron de su vida. Ninguno de los dos dejó el menor rastro. Joe volvía a estar soltero y vivía solo cuando conoció a Viola Jackson.

Aquí la trama se complica. Aunque Viola nació en 1899 en Jersey City (Nueva Jersey), parece haberse mudado al vecindario de Joe en la década de 1910. El resto de la familia Jackson, sin embargo, recaló en Milford (Delaware), un modesto centro astillero y agrícola. La pareja de desdichado futuro se conoció a finales de los años diez, probablemente debido a su afición compartida por la música: Viola, una bulliciosa y autoproclamada *flapper* con toda una vida de alcoholismo por delante, tocaba el piano y cantaba; su hermano pequeño, Frank A. Jackson, era un multiinstrumentista que posteriormente dirigiría en Filadelfia la popular banda Jackson and His Rhythm Boys. Joe tenía fama de callado y discreto, pero ocasionalmente tocaba en conjuntos de acompañamiento en salas de vodevil. Durante una temporada, en los años veinte, tocó con un grupo que posteriormente acabaría siendo conocido como la Uptown String Band. Quizás fuese un romance de cabaret, pero lo más probable es que Viola se quedase embarazada, forzando el matrimonio en 1919. Ella tenía veinte años y Joe, treinta y ocho. Al año siguiente nació la madre de Robert, Beatrice Hall, a la que pronto seguirían otros dos chiquillos.

La familia vivía en una pensión en Filadelfia Oeste. Su barrio de casas residenciales para familias de clase obrera era racialmente mixto y nutría a las diversas

plantas industriales de la ciudad. Los fines de semana, Joe, Frank y Viola tocaban canciones populares de la época, acompañados en ocasiones por otros amigos; las noches de verano, el barrio cobraba vida gracias a la presencia de numerosos conjuntos que interpretaban música en los porches de sus casas. Joe intentó regentar un colmado, pero el experimento duró poco y no tardó en volver a la impresión, llevándose a Frank como aprendiz, aunque no consiguió llegar a ganar lo bastante como para adquirir una casa propia para su familia. Beatrice, que acabaría odiando a su madre e idealizando para siempre a su padre, recordaba que Viola, ebria, solía reprender a Joe a grito pelado por sus incapacidades, momento en el cual éste se refugiaba en el dormitorio, cerraba la puerta y tocaba la mandolina. Al parecer cansada de que Joe fuese incapaz de mantener mejor a la familia en plena Depresión, Viola tomó la —en aquel momento inusual— decisión de divorciarse en 1931. Joe nunca se recuperó de la separación, sumiéndose en la soledad y la depresión. En 1940, trabajaba por cuenta propia y vivía encima de un limpiabotas; en 1944, apenas un año después de que naciera Robert, falleció por causas desconocidas en una pensión en Filadelfia.

En 1934, Viola se casó con Phil O'Connell, viudo y padre de tres hijos. Fontanero de profesión, Phil vivía seis manzanas más al este y era conocido en todo el barrio por su solidez empresarial, pero también por su temperamento explosivo. Económicamente, supuso un bote salvavidas para Viola y sus tres hijos, pero criar a seis niños bajo un mismo techo no fue tarea fácil. Su hogar era bullicioso, caótico y estaba marcado por la presencia del alcohol. Beatrice recordaba, quizá con cierta exageración nacida del resentimiento, que su madre la obligaba a encargarse de todas las tareas de la casa; si no las realizaba a su gusto o con la diligencia requerida, Viola la escarmentaba golpeándole la cabeza contra la pared. Uno de los hermanos de Beatrice aseguraba que su madre lo había castigado por robar obligándolo a poner una mano sobre un fogón encendido. Entre los diminutos dormitorios de techo opresivo y los claustrofóbicos callejones, la atmósfera tendía a promover la violencia, el alcoholismo, pequeños delitos y comportamientos sexuales desinhibidos.

Como el dinero siempre escaseaba en aquellos años de la Gran Depresión, particularmente en el caso de las familias numerosas, Beatrice (que para entonces respondía por «Bea») y el mayor de sus hermanastros, Phil Jr., abandonaron los estudios al acabar octavo, ella para trabajar en una tintorería y después en una cafetería; él para convertirse en aprendiz de fontanero.

Carentes del respaldo de una comunidad escolar o de un entorno juvenil apropiado, Bea, de catorce años, y Phil Jr., de trece, hallaron solaz en una relación sexual. Sus escarceos secretos no tardaron en dar como resultado una hija llamada

Catherine, nacida en el verano de 1935. Bea tenía quince años y Phil Jr., catorce. Ambos dijeron estar enamorados y anunciaron su deseo de seguir juntos y de criar a su hija como una pareja en otra ciudad, puede que deseando hallar cierta estabilidad familiar por su cuenta. No fue posible. A pesar de los denodados esfuerzos de Viola y Phil padre por mantener la relación en secreto, los rumores de incesto y violación no tardaron en propagarse de casa en casa. El escándalo en aquel barrio acérrimamente católico fue de aúpa. Los insultos y burlas de los que fueron objeto todos los miembros de la familia O'Connell alcanzaron tal virulencia que los dos hermanos pequeños de Phil Jr. fueron enviados a vivir con parientes lejanos durante el resto de su infancia. En un intento por acallar futuros rumores y recuperar algo de respetabilidad, Viola y Phil padre les contaban a todos los recién llegados que Catherine era en realidad hija suya —y hermanastra de Bea—, un «feliz accidente» para una pareja ya mayor.

En una fotografía de finales de los años treinta, Catherine posa agarrada de las manos de sus padres biológicos en una feria. Phil Jr. luce como un joven pagado de sí mismo; Bea parece un poco lánguida, con los ojos perdidos en la distancia. Le habían partido el corazón, se había visto públicamente humillada en su pequeña comunidad y habían prohibido su primer amor. Aunque sólo era una adolescente, únicamente había conocido el caos en su vida familiar: un padre biológico desaparecido, una hija ilegítima oculta y una madre que nunca dejaba pasar la menor oportunidad de menospreciarla.

Se dice que Phil Jr. estaba genuinamente enamorado de su hermanastra, pero que su padre le prohibió tajantemente continuar con la relación. Se alistó en la Marina, luchó en la Segunda Guerra Mundial y no dejó de enviarle dinero a Catherine hasta que ésta se casó en 1956. Considerando que, alcanzado este punto, ya había honrado su compromiso con madre e hija, Phil Jr. cortó por completo el contacto con los O'Connell, incluidos Catherine y Bea. Se casó y tuvo dos hijos en los años sesenta, pero jamás les contó que tenían una hermanastra. Bea también guardó el secreto, diciéndoles a Robert y sus hermanos que Catherine era su tía, hasta que ésta les reveló abruptamente la verdad a finales de los años cincuenta. A pesar de eso, jamás llegaron a hablar abiertamente de ello. La vergüenza era profunda y perdurable; el obituario de Viola en 1976 citaba a Catherine como su hija. Robert describiría posteriormente esta rama de su familia como «urbana, un poco lumpen, disoluta, degenerada. Rarezas sexuales, todo eso». Ese «todo» incluía una hermanastra silenciada, un divorcio, violencia doméstica, un abuelo menospreciado y una matriarca dominante; el material con el que Robert construyó su perspectiva sobre la vida.